

Juan Pedro Viqueira Albán, *Encrucijadas chiapanecas. Historia, economía, religión e identidades*, México, El Colegio de México-Editorial Tusquets, 2002, 527 p., mapas.

Ante tantas publicaciones oportunistas e intrascendentes sobre Chiapas es inevitable la desconfianza hacia un nuevo libro que acaso también pretenda ofrecer la solución de todos los problemas de la región. Afortunadamente no es el caso. Después de 12 años de residencia en San Cristóbal, Juan Pedro Viqueira no se presenta como “experto” en Chiapas y ni siquiera aspira a dar respuestas para la actual situación conflictiva que ha vivido de cerca. Ofrece, en cambio, un concienzudo trabajo académico. Queda todavía la pregunta de si se trata realmente de un libro de historia, como se anuncia en primer término en el subtítulo, o una miscelánea en la que la inclusión de economía, religión e identidades se antoja algo ambiciosa, quizá demasiado.

Por tanto es inevitable iniciar la lectura con una actitud crítica, actitud que comienza por la revisión del índice, en el cual encontramos un largo e importante estudio preliminar, ocho capítulos de historia regional y un apartado teórico que se presenta como reflexiones finales y que sólo recoge de forma parcial las aportaciones de los capítulos precedentes; en cambio se detiene ampliamente en consideraciones conceptuales sobre tendencias, debates y contenidos de las ciencias sociales. No hay conclusiones; honestamente no podría haberlas, como no hay soluciones académicas que resuelvan problemas ancestrales de pobreza y marginación.

Una mirada al final del volumen, en busca de fuentes y bibliografía, nos proporciona algunas sorpresas: por una parte, se aprecia una impresionante investigación documental relativa a la época colonial; por otra, una revisión bibliográfica prácticamente exhaustiva, a la vez que seleccionada de manera cuidadosa y actualizada. Añade, además, una serie de 37 mapas que recogen datos estadísticos de actualidad y reconstrucciones históricas de señoríos coloniales, caminos y rutas de comercio, alcaldías mayores, grupos indígenas originarios y ciudades antiguas y modernas. Una espléndida información

en la que, sin embargo, faltan algunas indicaciones, como las fechas de los mapas 25 a 27.

Además, en las últimas páginas, en el apartado de créditos, el autor reconoce las facilidades prestadas por las instituciones y editoriales en las que se publicaron anteriormente los textos recogidos en el volumen. De nuevo nos tienta la desconfianza, porque bien pudiera ser el caso, no excepcional, de un libro “reciclado” a base de retazos del propio autor, que así aumentaría su currículum. Sin embargo hay al menos dos buenas razones que justifican la inserción de artículos una o más veces publicados: lo fundamental es que de tal modo se complementan los capítulos que su integración permite apreciar un panorama de la complejidad histórica y socioeconómica de la región; no faltan ni sobran capítulos. Además, casi todos los artículos fueron dados a conocer en el extranjero o en publicaciones de corto tiraje y difícil acceso. De todos modos, la lista de ediciones y reediciones hace reflexionar en el hecho de que si tantas revistas y editoriales han solicitado a Viqueira la reproducción de sus artículos ello significa que no siempre se desdeña el trabajo de los historiadores y que hay quien aprecia la búsqueda de las “respuestas del pasado para enfrentar con más cordura las pasiones de cada día. Así pasado y presente deben iluminarse uno a otro para que podamos enfrentar mejor las tareas del futuro”, como se anota en la página 14.

Juan Pedro Viqueira no sólo es un profesional responsable, sino también un ciudadano consciente y comprometido con su tiempo. Hay historiadores que pretenden aislarse del mundo actual para sumergirse en el pasado. Pretensión fallida porque nunca nos despojamos de nuestra realidad y de nuestra ideología, aunque nos envolvamos en viejos documentos. Viqueira reconoce su preocupación por el Chiapas de hoy y lo refleja en sus artículos, algunos de los cuales invitan abiertamente al debate, pero, en todo caso, siempre sus polémicas afirmaciones cuentan con el respaldo de las páginas más sólidamente académicas.

Una vez terminada la primera lectura y con ánimo de repensarla y disfrutarla de nuevo, podría elegir mi capítulo favorito: “¿Qué había detrás del petate de la ermita de Cancuc?” A manera de algunos relatos literarios e incluso películas, muestra desde diferentes puntos de vista los pasos de una investigación (y hace patente que el historiador es precisamente un investigador), pero

además se trata de un primor literario y nos hace recordar que la historia fue una de las musas. Sin duda Clío inspiró oportunamente al autor.

De principio a fin, el libro es un estímulo para quienes nos vemos obligados a ir contra la corriente, porque lo que nos dicen los documentos, lo que se deriva de un ejercicio serio de interpretación histórica, suele ser contrario a los estereotipos aceptados y a los prejuicios que rara vez benefician a alguien pero que, en cambio, fomentan rencores, conformismo, autocompasión y apatía. Por el contrario, una mirada sin prejuicios hacia los testimonios adecuados muestra una complejidad muy distante de la polarización tremendista preferida por no pocos de los historiadores y por casi todos los periodistas. Porque siempre que la historia expone antagonismos entre grupos opuestos resulta que los buenos nunca son tan buenos como los pintan y los malos son por lo general peores de lo que creíamos; sin embargo la vida no es un infierno ni un paraíso, sino que transcurre entre penurias y gozos.

Hablar de Chiapas es pensar en los indios y ciertamente se anota que la población indígena supera el 90% en ciertas regiones de Chiapas, en las que ha aumentado considerablemente en las últimas décadas. Pero este predominio numérico no se puede generalizar a todo el estado; subraya la gran diferencia entre la población de las montañas mayas, donde se concentran los indígenas, y la de otras zonas. Al igual que otros rasgos presuntamente ancestrales, esta indianización es relativamente reciente, si bien tiene la base de una fuerte y constante población indígena. En el año de 1778, integradas las regiones de Chiapas y Soconusco, la proporción era de 81%, que se mantuvo con escasos cambios hasta fines del periodo colonial. Pero también en esos años una variación en el territorio considerado o un nuevo criterio en la designación de indios alteraba las proporciones. Ya en aquellas fechas los empadronadores se veían en problemas para distinguir a indios de mestizos y recurrían, como en parte los antropólogos de hoy, a la pervivencia de lenguas indígenas como rasgo definitorio de identidad.¹

Hace algún tiempo que nuestros estudiosos de los pueblos de indios habían desechado el mito de la comunidad prehispánica con

¹ Dorothy Tanck de Estrada, *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*, México, El Colegio de México, 1999, p. 281.

sus tintes democráticos e igualitarios; el mismo empleo del término comunidad, aplicable ciertamente a las cajas de recaudación, es tendencioso en cuanto a la forma de organización y gobierno local, por cuanto sugiere una armonía que no encontramos en la práctica. Por analogía con lo que sucedía en otros pueblos de indios en los últimos años del siglo XVIII, sabemos que la elección de autoridades locales era motivo de pleitos, demandas y litigios permanentes.²

Porque no falta quien desearía ver a los indios, y mejor a los “inditos”, en perpetua concordia y paz, a la vez que en resignada pasividad, pero eso sí, aferrados a los elementos culturales heredados del pasado, aun a costa de renunciar a opciones de mejoría en su vida cotidiana. Viqueira no nos da ese gusto y ni siquiera exalta esos vistosos elementos de la identidad que todos admiramos. No habla de cofradías, mayordomos y veladoras, de usos y costumbres, ni de los tejidos y bordados de la ropa o de los sombreros con listones. En cambio habla de caminos y de comercio, de fincas y de producción, de cerdos y de cacao. ¿Por qué buscar por tan árido camino el popular y prestigiado tema de la identidad? Quizá porque sólo así puede llegar a entender esa disparidad siempre al borde del enfrentamiento entre indios y ladinos (muchos de los cuales también fueron indios, y no hace mucho tiempo). Porque las colectividades humanas, como los individuos particulares, rara vez toman impulsiva y repentinamente decisiones que pueden cambiar su futuro; más bien esos cambios profundos se producen como jugarretas del destino, sin que nadie reconozca en qué momento decidió qué era lo que quería. Reconozco la gran diferencia entre experiencias personales (que, sin embargo, suelen ser representativas de mentalidades comunes) y los movimientos de colectividades; pero ya se trate de individuos o de pueblos, lo que importa es partir de una actitud inocente para encontrar a personas de carne y hueso, seres humanos que son los que ahora y siempre componen ese extraño ente que llamamos la sociedad.

No hay duda de que fue complejo el proceso por el cual unos pueblos que eran indígenas se hicieron ladinos. Complejo y lento, porque no hay un momento para el cambio, sino una serie de circunstancias que lo propician; y no hay un definido perfil de identi-

² Brígida von Mentz, *Pueblos de indios, mulatos y mestizos, 1770-1870*, México, CIESAS, 1988.

dad que alguien deba conservar o desechar puesto que es un elemento de nuestra vitalidad en perpetua transformación. El autor da la siguiente definición: “La identidad no es un pasado al que estamos moralmente obligados a rendir tributo y a reproducir, sino que es un proyecto cuyos valores y fines deben ser constantemente objeto de debate y de crítica” (p. 310).

En el caso de los indígenas de los Altos, Viqueira señala que las oligarquías de San Cristóbal propiciaron el estancamiento económico y cultural de los indios para disponer de mano de obra barata, ya que les convenía que ellos fueran ignorantes y desconocieran sus derechos políticos y laborales. Así el monolingüismo, el analfabetismo y el régimen de gobierno local se convirtieron en rasgos de identidad. Incluso, por razones prácticas, esta conveniencia no está muy lejos de las motivaciones por las que muchos empresarios de San Cristóbal ven hoy con buenos ojos la pintoresca presencia de los indios y el empleo de sus lenguas que garantizan la llegada de turistas en busca de exotismo.

La cuestión religiosa tuvo enorme importancia en el pasado y sigue siendo problema fundamental en el presente. En Chiapas como en otras regiones, pero quizá en mayor medida, se produjo un sincretismo que escandalizó a sus evangelizadores y que no se limitó a una suma de elementos prehispánicos y cristianos, sino que generó conceptos y estableció rituales muy apegados a la liturgia católica en su apariencia exterior, pero sustancialmente indígenas en sus contenidos. Las rebeliones de la época colonial, justificadas por la penuria y la explotación de que eran víctimas, no impulsaron a los indios a rechazar la religión cristiana, sino que la integraron a sus reivindicaciones y la utilizaron para legitimar sus demandas, que formularon en torno a un complejo religioso. Porque Dios, aunque fuera el dios cristiano, no podía permanecer impasible ante la opresión y la injusticia, de modo que permitió que su madre, la Virgen María, visitase a una joven india de Cancuc, María Candelaria, que en el año 1712 no se limitó a recibir el mensaje de que debían acabar con los españoles, sino que ella misma se transfiguró en la Virgen María. El fracaso de la rebelión y la dura represión consiguiente no impidió nuevas sublevaciones en las que también fue evidente el sincretismo. Tal sería el movimiento encabezado en 1761 por Jacinto Canek, quien sabía latín y teología y se hizo coronar rey.

Hoy en día tenemos que apreciar el peligro del Chiapas imaginario al que se refiere Juan Pedro Viqueira, y que dificulta las soluciones reales, pero casi toda nuestra historia se ha construido con modelos imaginarios, que pocas veces preocupan porque se refieren a situaciones menos acuciantes que creeríamos enterradas en el pasado pero que sin duda influyen en nuestra concepción de la historia, que forma parte de esa otra identidad, la nacional, tan delicada y polifacética. El problema se agrava cuando estos símbolos distorsionados encarnan en héroes de cartón, que deforman la realidad y que se enfrentan a enemigos igualmente desmesurados, culpables de todos nuestros males.

En varias partes de *Encrucijadas chiapanecas*, Juan Pedro Viqueira advierte que toda cultura es resultado de permanentes transformaciones y que el único medio de conservarla es mantener inamovibles las circunstancias en que se encuentra. Pero es más que dudoso que alguien de buena fe pretenda conservar sin cambios el nivel de vida, el acceso a la educación, los recursos de salud y las oportunidades laborales actualmente al alcance de los indios de Chiapas, o de otras regiones del país, porque ciertamente, y aunque es fácil olvidarlo, no son los únicos indios de México.

Señalar hasta qué punto fueron importantes los caminos para los pueblos de Chiapas es recordarnos que el tránsito está relacionado con el tráfico, con la economía y con el bienestar regional, y que si tal fue su influencia en el pasado no es fantástico pensar en su relación con la tan admirada y venerada identidad, pero sobre todo con aquella hipotética e inconsciente decisión de ladinizarse que tomaron algunos pueblos. La estrategia de los caminos, la política de desarrollo de medios de comunicación, el tendido preferente de vías por determinadas regiones ha provocado cambios en modos de vida de diversas regiones en todos los tiempos.

Podemos leer que la ladinización fue una estrategia común para quienes tenían algo que ganar con la asimilación al modo de vida de los españoles. Durante el auge del camino real admiraban los viajeros aquella “gente pulida con zapatos y ropa de Castilla...” (p. 139). Los mismos factores que promovieron el auge del camino real fueron la causa de su decadencia: congregaciones forzosas, lugares malos, trabajos excesivos y servicio en las minas de Copanaguastla que pronto se agotaron.

Entre los cambios demográficos el autor se refiere a la situación en las montañas zendales, que soportaron sin merma la depresión del siglo XVII. Y es que los años malos para los españoles podían resultar buenos para los indios cuyo trabajo no se exigía con tal rigor. Tal parece que sucedió cuando se desvaneció el espejismo del oro en Copanaguastla y los vecinos españoles desistieron de las empresas de explotación de la tierra.

El destino de los poblados indígenas parece haber sido una movilidad forzada por el agotamiento de recursos, por exigencias de los gobernantes y por el impacto de las epidemias. Sin duda padecieron también las consecuencias derivadas de la ambigua situación de pueblos con tierras propias que quedaban abandonadas para ser reclamadas años más tarde. Fueron pueblos congregados y luego dispersos, extinguidos y resucitados según las exigencias demográficas. Pueblos en los que la huida no fue decisión individual sino colectiva. Sin duda, tantos traslados no se produjeron por un deseo de cambiar sino de permanecer, por volver a los lugares de origen, o por buscar espacios apropiados para conservar las costumbres.

Aunque tampoco los ladinos disfrutaron de una notable prosperidad, lograron dar a Ciudad Real el prestigio de una ciudad piadosa y culta con la fundación de un convento dominico, otro franciscano, uno más de mercedarios y un colegio de jesuitas. Los mercedarios impartieron cursos de artes, entre 1666 y 1669, y los jesuitas, primeras letras y gramática. Además se erigió el segundo seminario tridentino de la Nueva España, después del Palafoxiano y antes de la ciudad de México. Como los establecimientos religiosos demandaban rentas para su sostenimiento, cabe pensar que no se consideraba la región particularmente pobre hasta el siglo XVIII. Pero una cosa es la pobreza y otra el reparto de la riqueza.

El perfil de los pueblos (107 pueblos de indios, según estadísticas de fines del periodo colonial) contrasta con el de otras regiones, lo que es evidente en el antagonismo indios-ladinos, en una polarización que se moderó en otros lugares donde criollos, mestizos y mulatos formaron categorías movibles a las que se integraron de forma paulatina los indios. Incluso, muchos pueblos de indios, reconocidos administrativamente en esa categoría, se convirtieron en la práctica en pueblos de mestizos y mulatos que cambiaron su carácter y situación. En Chiapas, el enfrentamiento entre los dos bandos irreconciliables hizo que en 1799 un funcionario español, el promo-

tor de la Real Hacienda, atribuyese al “absoluto desprecio” de los ladinos el atraso, la pobreza y, por tanto, el rencor de los indios.

Este libro nos hace dudar de todo lo que creíamos saber de Chiapas antes de empezar la lectura. Quedan en el aire muchas preguntas, pero tenemos ahora algunas pistas acerca de por qué indios y ladinos se han distanciado cada vez más a lo largo de los años y sabemos también que no podemos aceptar a la ligera las etiquetas indígena y prehispánico, democrático e igualitario. Todo buen libro de historia plantea diez preguntas por cada una que responde; y todo historiador sabe que importa sembrar incertidumbres, no dogmatizar con certezas. Por esto y por su interés actual, es un libro importante que aporta mucho al conocimiento de la región.

Pilar GONZALBO AIZPURU

Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México